

Cuando K me consultó se quejaba todo el tiempo de sus síntomas corporales, indefinidos y constantes, que por falta de palabras eran llamados “vértigos”. Su vida estaba limitada hacía años porque estos síntomas le impedían estudiar, salir y tener amigos. K pasaba la mayor parte del tiempo en casa, en la cama, su único refugio. Decenas de médicos “nada” habían encontrado en su cuerpo; los ansiolíticos y antidepresivos que tomaba no le hacían efecto y sus síntomas empeoraban. En pocas semanas, a esos vértigos se les sumaron jaquecas, diarreas, gripes, fiebres, y otros síntomas, que demandaban tratamientos médicos. K. se quejaba también de su analista, me acusaba de incompetencia y de ser el causan-te de esos nuevos síntomas. Molesto, yo me sentía amenazado por las quejas y por el empeoramiento del estado de la paciente.

Con el tiempo a esos síntomas se les incorporaron ansiedad, malestar psíquico, miedos, percepciones aún casi indecibles, que se diferenciaban de los síntomas corporales. Posteriormente, estos predominarían, substituyendo el cuerpo como lugar del sufrimiento.

En esa fase inicial me sentía inútil e impotente, invadido por las quejas. K permanecía inaccesible a cualquier comentario. Me veía luchando para no ser atrapado por sus lamentos y me sentía preso de sentimientos extraños, confusos y bastante molestos: no los entendía. Podía observar cómo K y yo debatíamos y yo debía controlarme para no devolver los ataques que recibía de K. En otras ocasiones trataba de mostrarme indiferente, pero luego sufría, afectado por K. Constantemente me preguntaba si mi capacidad analítica se encontraba comprometida pero jamás quise desistir: sentía que había un fuerte vínculo entre nosotros y estaba seguro que con el pasar del tiempo las cosas se aclararían.

La madre de K tomaba antipsicóticos y su padre, fallecido, era despreciado por K. Se enorgullecía de no sentir culpas y colocaba sus objetos persecutorios principalmente en la familia, donde sentía que sus padres y hermanos eran falsos y chantajistas.

Con el tiempo, los objetos proyectados y encapsulados en el cuerpo y en la familia pasaron a ocupar otros espacios. Se desarrollaron defensas fóbicas intensas, que le impedían quedarse en diferentes espacios. La situación analítica pasó a ser depositaria de aspectos protectores y se constituyó en uno de los pocos lugares donde la paciente se sentía bien.

Seleccionare dos fragmentos de sesiones. En el primer fragmento, que pertenece al inicio del tercer año de análisis, muestro cómo K me involucró en una conspiración sadomasoquista. A continuación, el momento M, donde yo, analista, pierdo el control.

La sesión tiene lugar después de un fin de semana largo, en el que K se fue de viaje a pesar de sus fobias. Desesperada, comienza diciendo que tiene mucho para contar sobre su viaje, que la sesión no va a ser suficiente, se siente mal, muy mal, el viaje fue horrible. Sigue, sin interrupción, una cantinela de quejas, con un tono de voz que intensifica su importancia, intentando mostrar su sufrimiento. Cuenta que todo fue muy cansador, horas viajando, mucho calor, insomnio; estuvo muy ansiosa antes del viaje: casi desiste de hacerlo.

El hotel era pésimo, la comida intragable. Y siempre se sentía mal, y se tomaba la presión a cada momento. No sabe cómo pudo, con mucho esfuerzo, pasear un poco. Pero quedó aislada, los compañeros de viaje eran muy desagradables. Llegó de madrugada. Tuvo que despertarse temprano para venir a la sesión. Tiene mucho sueño. Nunca más va a viajar de nuevo.

Me siento invadido por las quejas y lamentos. A esta altura ya había aprendido que las interpretaciones de contenidos (y ella me ofrece tantas...) de nada servían. Trato de no confundirme con esos objetos, que experimenta como odiosos, torturadores, pero apenas puedo. Surge en mi mente una imagen, una especie de máquina de tortura, que reduce todo a polvo, cenizas de muerte. Hay que detener rápido su funcionamiento.

Interrumpo las quejas de K. A ella no le gusta. Le digo que me doy cuenta que hay en funcionamiento una “máquina de tortura”, una trituradora, que transforma todo en mierda. No me gusta oírme: mi tono de voz fue de rabia, y me pareció raro escucharme diciendo “mierda”. No acostumbro a hablar así...

En respuesta a mi intervención, K se queja violentamente de que no la dejo hablar, de que no puede quejarse. Me grita y me acusa de que le grité.

Le digo que me está gritando para poder seguir lamentándose, y que sería beneficioso si pudiéramos pensar juntos qué función tiene lo que está sucediendo. K responde diciendo que no creo en su sufrimiento y detalla sus lamentos, con el objetivo de convencerme de la realidad e intensidad de sus desgracias.

Le señalo su desconfianza y también la dificultad para notar las cosas buenas, el viaje, que es el primero en tantos años, a pesar de las dificultades.

(Me doy cuenta, inmediatamente, que intentaba mostrarle un “lado bueno”, para escapar de la ansiedad persecutoria, y me siento inoportuno).

K en apariencia no me escucha, pero me sorprende porque surge un nuevo material, que parece ser diferente. Cuenta que llegó a su casa de madrugada y no encontró a la madre en su dormitorio. Se asustó. Inconscientemente se me

escapa la frase: “Y pensaste que la habías matado?”. Responde que sí, que había pensado exactamente eso. Fue a bañarse. Después abrió la puerta del cuarto y la madre estaba allí, durmiendo. “Pero fingió no haberme escuchado”.

Le pregunto cómo sabe que ella oyó. Dice que hizo mucho ruido en la casa.

Sucedió entonces lo que llamo Momento M, cuatro meses después del fragmento relatado. Como en otras ocasiones K transformó una intervención mía, deformándola, sintiéndose perseguida, y atacándome por eso. No me escuchaba e insistía obstinadamente con que la había acusado injustamente, que había dicho algo absurdo, etc. Ella gritaba, mientras yo noté que me defendía torpemente, queriendo convencerla de que no le había dicho eso.

En ese momento, sin pensar, golpeé mi mano con fuerza en el apoyabrazos de mi sillón, al mismo tiempo que, gritándole más alto que ella, la interrumpí. Reclamé que no me dejaba hablar ni me escuchaba. En ese instante K dejó de gritar y me dijo con calma, con aire de victoria, en tono irónico, que yo le había gritado. Le respondí que sí, que tenía razón, que realmente me había puesto nervioso, soy un ser humano. Agregué “menos mal que puedo ponerme nervioso, porque si no, me obligarías a estar de acuerdo con todo lo que me dices, y en ese caso, yo te tendría miedo, estaría dominado, y tú ya no tendrías un analista”.

Luego de ese episodio y en las siguientes sesiones disminuyeron las quejas y lamentos. La ametralladora giratoria se detuvo por un tiempo, o parecía menos amenazadora.

El episodio me dejó preocupado, y lo tomé como una falla propia. Mi reacción en el momento M fue una especie de grito de alerta, de basta de identificaciones con los aspectos masoquistas de K. Tomé conciencia también de mis aspectos involucrados. De cierto modo, durante el momento M, fui capaz de verbalizar lo que había estado pasando hasta ese momento y creo que fue un hecho importante para el cambio, que posibilitó reflexionar sobre un nuevo aspecto.

Evidentemente M solo pudo haber ocurrido en ese momento. Era probable que ya hubiesen sucedido situaciones similares, pero sin que fuera posible servirse de ellas.

.....